

LA ROMERÍA DE SANTA MARTA DE BABÍO



LA IMAGEN

SITUACIÓN geográfica: un montecillo en las encantadas y mal conocidas *mariañas* de Betanzos. Lugar de la escena: los senderos que entre balsámicos pinares ascienden á ese montecillo, y la cúspide del mismo, en que se alza una ermita donde se venera la efigie de Santa Marta. Cuatro Santas existen de tal nombre, y sospecho que la efigie de la ermita no representa á la hermana de Lázaro, la hacendosa que «eligió la peor parte», sino á la hoy muy olvidada, la mártir española de Astorga que, según el *Año Cristiano*, tantos templos y capillas tuvo en Asturias, Galicia y el reino de León. Me fundo en la palma que luce, y en que no lleva atrallada la *Tarasca*. Tal vez una Santa Marta le ha quitado á otra devotos y fiestas.

A mil leguas de sospechar tanto así de esto andan los consabidos *devotos*.... ¡De algún modo hay que llamarles! Suben la empinada cuesta sudando y riendo; la bajan tropezando, porque el vinillo del país, que envasado en cueros y toneles rodea la ermita como cintura cascabelera de bufón loco, es incompatible con el aplomo de las piernas. Bullen y hormiguean alrededor del santuario, pidiéndole el cuerpo á la mayoría, más que contrición, muchísima juerga. A poco que se mire, adviértese el profano y naturalista desate de las *kermesses* que pintaba David Teniers.

Aunque las romerías *marifianas*, y en general todas las de las cuatro provincias, van decayendo, algunas, no sé por qué virtud, de año en año crecen, como ésta de Santa Marta, en animación, y hasta se acentúa en ellas la nota pintoresca. Es verdad que ha desaparecido la indumentaria regional; que las mozas

no lucen sus hieráticos *mantelos* y sus *gayas* cofias y *dengues*; que los mozos han trocado la montera con plumas de pavo real por el fieltón ó la boina; los calzones con botonería de plata por el pantalón encogido, ridículo.... Sin embargo, bajo la caricatura del traje *moderno*, persiste el alma burda, maliciosa, crédula, infantil; el alma auténticamente del XV, de los Brases y Mengas de égloga, y las costumbres y las supersticiones llevan ese sello, que el aficionado reconoce á primera vista y no sin deleite.

Todavía, allá en la cumbre, á donde vamos á trepar con peligro de resbalar en la hoja del pino, el quejido agreste de la gaita se une al redoble seco, militar, del tamboril. No lejos aturde los aires un piano de manubrio; entre los árboles chirrían, como cigarras en trigo, los acordeones. Se oyen cantares entonados por voces que ya enronquece, más aún que la bebida, la charla retadora y chancera de toda la mañana; y cerca de nosotros repican las sonajas de un pandero y disuena el maullido triste de un violín. Es una orquesta que forman dos mendigas. La una, espléndida mocetona sucia, de ojos y dientes que relucen en la cara morena, color de corteza de pan fresco, lleva en la cabeza un paño en dobles, semejante al tocado de las *ciocciararas*, y en sus orejas se columpian dorados aros. Es poetisa, improvisadora, y *echa* coplas de panegirico al que le da una moneda de cobre. Cuando alza el pandero y sonríe, parece un cuadro la tal mujer. Ciega es la compañera, y fea y humilde; baja la cabeza y rasca su violín con resignación, fundiendo el desgarrador acento de la cuerda y la carcajada de las sonajas.

A dos pasos venden molinos de papel amarillo y rosa, globos, rosquillas duras bañadas de azúcar, ó planas y color de chocolate; caramelos pringosos, largos, encamisados en papel con borlita picada al extremo; y, encerrados en una jaula, los verderones sabios, muertos de hambre, ¡pobrecillos! para que no dejen de hacer su habilidad, esperan á que alguien les pregunte la *buenaventura*. — ¡Ahí va la perra grande, pájaro adivino! — El verdoner se adelanta, y con el piquito escoge una cédula impresa entre muchas.... «Llegarás á un estado muy dichoso.... Ganarás un pleito.... Desconfía de una persona chismosa.... Harás un viaje.... Tu ingenio y tu talento....» Y mientras lees, el pájaro, saltando de gozo, devora su alpiste.

Tapémonos los ojos á toda prisa, que ahí tenemos á un monstruo horrible: el niño de dos cabezas. Lo trae un robusto mendigo, encaramado sobre sus hombros. Representa cinco años. El chichuelo enseña su cara fenomenal, una boca al frente, otra de costado; una ranura

